

LA CUESTION COMUNISTA

MANUEL CAMPO VIDAL

TODA Italia, desde el valle de Aosta a Sicilia, desde Venecia a Cerdeña, levanta la vista hacia la colina del Eur —el barrio romano que mandó construir Mussolini—, donde se asienta el Palacio de los Deportes, en el que se reúne el partido del poder. Es el XIV Congreso de la Democracia Cristiana, el primero de los huérfanos de Aldo Moro. Es también el congreso del miedo: centenares de jóvenes policías con metralleta y chalecos antibala, con furgones de acero y perros adiestrados, forman un impenetrable rosario en torno al Palacio, rodeado también por una corona de azul intenso, azul marino, formada por los innumerables coches oficiales y los de su escolta. En el cielo se cruzan ininterrumpidamente varios helicópteros, mientras agentes de la DIGOS —Servicios de Seguridad del Estado— patrullan por el interior del recinto en el que existen áreas cerradas inaccesibles desde la platea y los palcos. Claramente, el Palacio se ha convertido para la magna ocasión en algo así como la estampa viva de la democracia blindada. Los terroristas no pueden llegar hasta la preciada presa, y un transformador eléctrico situado a unos dos kilómetros paga las consecuencias, junto con los vecinos de una extensa área. En el Congreso se apagan las luces unos minutos, pero se restablece la calma y el servicio eléctrico.

En la tribuna presidencial se agolpan los barones de la política, la inamovible oligarquía rectora del país y de su primer partido. Están allí apellidos ilustres de una casta de profesionales del poder eternos, inextinguibles. Entre ellos destaca como un extraño el secretario dimisionario Benigno Zaccagnini, con su inconfundible imagen de honesto médico de provincias. Cerca de él relucen dos auténticos caballos de raza: en descenso, pero combativo e insidioso hasta el final, Amintore Fanfani, actual presidente del Senado y admirador confeso del general De Gaulle; en ascenso, con su increíble espalda curva, como si soportase

una cruz invisible, el ex primer ministro, honorable y habilísimo Giulio Andreotti.

La sala es un festival interclasista: desde empresarios de la industrializada provincia lombarda de Varese, hasta dirigentes sindicales de la CSIL, desde viejos funcionarios de treinta años de "malgobierno", hasta jóvenes promesas de la organización Común y Liberación. Sobre todos ellos y sobre su orgullo de usufructuarios del partido del poder —poder que no quieren compartir—, planea la sombra de un cadáver que todos sin excepción sienten, reconocen e invocan con un grito cerrado y estremecedor: "Moro è qui, con tutta la DC".

Los delegados al Congreso de la Democracia Blindada resisten horas y horas de inacabables discusiones, de los que sólo interesa un escueto pasaje que subrayan con efervescente adhesión o rechazo: el relativo a la cuestión comunista.

Bajo la colina de Eur los habitantes de la Roma burocrático-comercial-turística celebran entre tanto con auténtica ilusión la puesta en funcionamiento de una importante línea de Metro que llevaban trece años esperando. Familias enteras salen el domingo a pasear en el ansiado Metro, cuyo primer convoy se recibe con aplausos en las estaciones. Después regresarán a casa, no sin dedicar en las calles un recuerdo al profesor Vittorio Bachelet —vicepresidente del Consejo Superior de la Magistratura que acaba de ser asesinado en la Universidad y con cuyas esquelas Roma se ha puesto un traje de luto.

Mientras las sesiones del Congreso se desarrollan, la Bolsa de Milán ralentiza sus operaciones; desde Turín, Giovanni Agnelli anuncia alarmado por primera vez que la FIAT ha cerrado el año con graves pérdidas; el secretario socialista Bettino Craxi pronostica la inmediata caída del Gobierno Cossiga; en Florencia, Berlinguer reúne a doscientos mil partidarios de la paz mundial; mientras Pietro Ingrao visita Moscú, Tito agoniza a pocos

kilómetros, en la otra orilla del Adriático, sin duda en el peor momento, y como consecuencia, algunas gentes asustadizas del Véneto recuperan el temor que ingenuamente ya experimentaron en 1968, temor a que los rusos pudieran llegar hasta allí, entonces desde Checoslovaquia, ahora quizá desde Yugoslavia.

La agitada despedida de Zac

La DC parece vivir el Congreso con unas décimas y a ratos unos grados de fiebre. Y lo que es peor, justo en el momento en el que pierde al que por tres años ha sido su médico de cabecera. Pero antes de cerrar la puerta, Zaccagnini se ha ido al micrófono y ha planteado una espinosa cuestión con un lenguaje claro, alejado de aquella niebla dialéctica de difícil visibilidad que emitió Aldo Moro. Quizá interpretando lo que Moro hubiese planteado en esta magna ocasión si las Brigadas Rojas no lo hubiesen quitado de enmedio, Zac ha roto el pronóstico de los observadores y ha dicho sin rodeos: "No podemos asumir la responsabilidad de un Gobierno con la participación comunista, pero no podemos tampoco asumir la responsabilidad de descartarla 'prejudicialmente' sin una preventiva verificación de las condiciones que consideramos irrenunciables". Era el folio 114 de su discurso, el que precisamente anhelaban oír los delegados, los invitados y los observadores. "¡Fanático!", dice un grito. "¡Con los comunistas, nunca, nunca!". "¡Elecciones, elecciones!", gritan otros, emergiendo entre aplausos y silbidos. Y con las dificultades creadas por la responsabilidad, la enorme tensión y el cansancio que acabara venciendo, Zac va exponiendo esas condiciones irrenunciables que pueden resumirse en tres mandamientos generales: fidelidad a la OTAN por encima de todo, defensa de la economía de libre mercado y lucha sin cuartel contra el terrorismo de todo tipo. O lo que es lo mismo,

que los democristianos, para Zac, no deben aceptar la entrada del PCI en el Gobierno, pero deben rechazar la exclusión taxativa de esa posibilidad a largo o medio plazo. Es un "no", pero sin echar el cerrojo por si conviene una reconsideración del tema después de las elecciones administrativas que Italia celebra en junio. Y, sobre todo, cabría añadir, después de las presidenciales que los Estados Unidos celebran en noviembre.

Andreotti, horas antes de abrirse el Congreso, ya declaraba a "La Repubblica" que "para mí el veto al PCI ya está caducado, por lo que es necesaria la edificación de la alternativa democrática". La izquierda del Congreso está con Zac y, de paso, con Andreotti, no hay duda. Pero Fanfani y sus aliados de estos decisivos momentos, a pesar de que el jefe de la delegación comunista invitada, Gerardo Chiaromonte, considera positivo pero insuficiente el discurso de Zac, rugen enfurecidos: quieren un "no" rotundo, ahora y siempre prefieren una enésima convocatoria de elecciones anticipadas, porque esperan o al menos desean que el PCI siga bajando, quieren enfocar todas las antenas de la DC hacia los partidos laicos de centro y especialmente hacia los socialistas. Bettino Craxi agradece la mención después de haber protestado formalmente por el olvido que Zac ha tenido en su discurso para los socialistas.

Fanfani, independientemente de las indicaciones traídas de Washington por los dirigentes democristianos que peregrinaron allí en visperas del Congreso, no perdonará jamás a los comunistas que no lo apoyasen en las presidenciales de 1971, cuando estaba a pocos metros de alcanzar su sueño dorado. Sus partidarios se reúnen con él por la noche en un hotel de Ostia y preparan una violenta declaración de guerra contra el informe del secretario general.

La unidad, amenazada

El Congreso se divide, en consecuencia, en dos mitades nítidas.



El XIV Congreso de la Democracia Cristiana italiana ha dejado ver una cierta división en las filas del partido. En la foto, el secretario general dimisionario, Benigno Zaccagnini, y el primer ministro italiano, Francesco Cossiga.

mente separadas, a excepción de un resto indeciso: seguidores de Zac y Andreotti, más pequeñas formaciones de la izquierda democristiana a un lado; al otro, Fanfani, Rumor, De Colombo, De Carolis y buena parte del peso moral de las delegaciones extranjeras. En medio quedan atrapados los Doroteos —autodenominados "la DC de la DC"—, entre los que se encuentra el presidente saliente del partido, Flaminio Piccoli. Piccoli quiere ganar tiempo y decidirse por una orilla u otra al final del Congreso, cuando los delegados estén extenuados y el juego más claro: "Plantear las cosas de este modo —dice con aire de tribuno romano a la concurrencia— sería como una hipocresía frente al PCI al decirle sentémonos a la mesa de los tratos y después se verá. Sabemos bien que el PCI no puede aceptar ciertas posiciones y Zaccagnini también lo reconoce. Entonces es mejor decir anticipadamente que estas posiciones del PCI son un obstáculo. Queremos hacer todas las verificaciones, pero hoy por hoy sabemos que un Gobierno con el PCI no se puede hacer y que éste hoy puede durar quién sabe cuánto". Fanfani, escuchándolo, está muriendo de satisfacción en su poltrona, pero por poco tiempo, porque la bicicleta dialéctica de Piccoli empieza a recibir impulsos del otro pie. "Queridos amigos: El PCI está ahí y hay que tenerlo en cuenta. Si yo quiero salir de esta sala debo pasar a través de ese pasillo estrecho que queda entre los dos bloques de sillas, de lo contrario no salgo. Esto sucede también en el Parlamento, como el amigo Gerardo Bianco, nuestro porta-

voz, que no es precisamente filocomunista, ha reconocido. Sin un cotidiano acuerdo con el portavoz comunista no lograría cavar un surco para avanzar en un Parlamento paralizado por el Partido Radical. Digámoslo porque es la verdad: necesitamos también al PCI para hacer política".

En un difícil equilibrio, Piccoli ha llegado al final de la cuerda y suspira aliviado. Tiene tres días de plazo antes de volver a atravesar por el aire la sala sobre los rugientes delegados, entonces sin la red protectora del tiempo por delante.

Entre bastidores confiesa su miedo a una grave división de la DC. No es una sensación exclusiva. En el rostro de los barones se puede leer lo mismo. El gran secreto de la DC es haber mantenido la unidad a lo largo de treinta años, a pesar de la erosión de las corrientes internas. Con todo, el senador Gonella, un anciano que preside el Congreso, asegura que es mejor que un debate que estaba latente haya emergido. Entre tanto, el Vaticano, que observó con tranquilo silencio las vísperas del Congreso, lejos del miedo al PCI que dominó los ambientes eclesiásticos antes de las legislativas de 1976, parece ahora inquietarse ante la posibilidad de una división en la DC.

Forlani, el mismo Piccoli y otros candidatos a la secretaría aseguran que no dirigirán una DC dividida. Sólo Andreotti parece no inquietarse. Alguien propone al actual primer ministro, Cossiga, como secretario, pero él mismo declina esa posibilidad. De haberse concretado se daría una situación curiosa y hasta có-

mica: los dos grandes partidos del país, DC y PCI, con intereses estratégicos contrapuestos, estarían dirigidos por una misma familia sarda al resultar que Enrico Berlinguer y Francesco Cossiga son primos hermanos. Por su parte, Andreotti aceptaría con gusto la presidencia del partido en la que instalarse cómodamente para viajar al menos un tiempo hacia su verdadero objetivo a medio plazo: la Presidencia de la República. La quiniela se va tejiendo, pero con el ambiente dividido; las sumas de porcentajes de influencia se realizan con enorme dificultad.

El terrorismo verbal germano

Por si la tensión fuese poca, el líder de la CDU alemana, Helmut Kohl, arroja una botella de gasolina sobre el ardiente Congreso: "Amigos democristianos: Me parece que no es pensable que podáis gobernar junto a un partido que tiene la misma base ideológica que los brutales invasores de Afganistán y los ocupantes de una parte de mi patria". A la vista de la reacción de la sala nadie diría que éste es el Congreso que debe abrirse al PCI. Fanfani grita entusiasmado y la ovación amenaza con derruir el techo del Palacio. Sólo Andreotti mantiene imperturbable su rostro de cera. Dado que reivindica para sí que el período 76-78 en que dirigió el Gobierno representa el único paréntesis en diez años de relativa prosperidad y del orden público —excepción hecha del asesinato

de Aldo Moro, al que hubo que dejar morir "porque si no el Estado hubiese perdido toda autoridad"—, para Andreotti vale más el dato de que la inflación en Italia ha sido del 3,3 por 100 en enero que todo el calor del aplauso anticomunista. Caerá el Gobierno Cossiga y habrá que recorrer de nuevo el calvario de las consultas cada vez más difíciles para componer Gobiernos cada vez más frágiles. El acuerdo con los comunistas se hará inevitable algún día, aunque para ello haya que llegar a otro Congreso de la DC en el que se encienda la luz verde.

Cuando ese día llegue, la DC contará siempre con una efectiva válvula de seguridad: la garantía de que difícilmente podrá estar en la oposición, perdiendo el control del poder, porque en treinta años de ocuparlo ha logrado confundir hasta tal punto su partido con el Estado que un eventual paso a la oposición significaría —como ironiza el estudioso católico Baget Bozzo— que el Estado se haría oposición a sí mismo. Por ese convencimiento profundo, el gesto de Andreotti no se inmuta ante discurso alguno ni quiniela de nombres para la secretaría, por extraña que parezca. Mientras el Congreso hierve, el ex primer ministro, auténtico caballo de raza DC, lee atentamente el resumen que le pasan de la respuesta que Berlinguer da al Congreso DC desde Florencia: no a la invasión de Afganistán, sí a los Juegos Olímpicos en Moscú, sí a una acción diplomática para la distensión, sí a la paz, no a recibir lecciones ni a pasar exámenes de los profesores de DC, en definitiva. ■